

## BOMARZO

### Selección de poemas

1.

No fuimos a Bomarzo  
sino en el hilo de esas largas conversaciones  
que siempre nos llevaban a las mismas fuentes,  
que pendían de las glicinas de unas pérgolas  
que quizá nunca existieron en Bomarzo.  
Se detenían en los silencios  
rememorativos del asombro y el miedo  
ante un umbral que cruzamos  
con los ojos cerrados,  
como si en la caverna de la mente  
aguardaran encuentros no queridos  
con viejos rostros de nosotros mismos,  
y el titubeo de la memoria  
y la expresión,  
las palabras que nos faltaban,  
la inflexión más débil como un tobillo que flaquea,  
fueran por el temor de encontrarse otra vez  
en lo que ya se creía abandonado.

Al pie del níspero,  
en esa banca que la maleza alcanzaba  
rasguñando las piernas,  
nos preguntábamos  
si en los jardines de Bomarzo  
alguien habría hablado así  
sobre el ser y el no ser,  
sobre aquello que va de uno a otro  
y existe más allá del uno y del otro.  
Y aparecían junto al alambre de la cerca,  
como arpías,  
torpes, ruidosas aves de corral  
marcando un justo contrapunto

a la arrogancia que había detrás de la pregunta.

Bomarzo,  
al borde de un precipicio todo el tiempo,  
zanjando al paso  
los propios desafíos a la Fortuna,  
llevando al límite la Mano providente  
que de improviso podría volverse en contra.  
O tal vez siguiera por más tiempo  
guiando el cubilete que volteabas para dejar,  
implacables, cuatro ases  
sobre esa mesa desvalida  
a las orillas del pueblo.  
O si llamabas, con un gesto, a un pájaro  
que al cabo de un minuto venía a acercarse  
adonde hablábamos  
entre líneas  
del peso de lo real,  
del espinazo a punto de quebrarse  
bajo ese peso formidable.  
Como Nietzsche en Turín.

Y repartíamos a los vientos  
paliativos  
como obsequios de feria,  
repasábamos los remedios ya probados,  
el *phármakon* fallido --o *pharmakós*:  
chivo expiatorio o cordero del sacrificio.  
Pero ningún Crucificado  
entre esos puntos cardinales de lo real  
nos salvaba ahora de nuestro propio desastre.

Desviábamos la conversación  
detrás de cualquier brisa contraria.  
Cómo nos asustaba llegar al fondo,  
y con cuánta habilidad interponíamos  
otros argumentos,  
preguntándonos si la doble entrada  
a la Gruta de las Ninfas

ofrecía una salida,  
si los muertos que deambulaban  
en las sombras sublunares  
volvían aquí en las gotas de agua,  
o qué podría rescatar  
de la pesadilla del espejo  
a un suicida atrapado entre dos mundos.  
Una mosca muerta, pegada al bisel,  
hacía discurrir sobre el ojo que se altera,  
sobre la percepción fallida,  
la distorsión acrecentada en los bordes de lo real  
fraguando un engaño más perfecto,  
dando un contorno ambiguo  
a la brutalidad de la visión:  
el *pharmakós* babeante, destrozado.

¿Y acababa en lo real? ¿La verdad era lo real?

4.

Un jardín con senderos que se bifurcan.  
De un lado,  
el tiempo sostenía a la memoria  
resguardándonos en sus espejos y sus pozos,  
en sus cofres de abalorios.  
De otro, el instante que nace de sí mismo  
y se inventa en su ocaso repetido,  
quemaba lo que ha quedado atrás,  
la porción del presente que ya se angosta.  
Pero el ánimo anclaba en sus aguas seguras.

Seguíamos la evolución de las abejas  
en las flores del limonero,  
hablando de *la inconstante luna*.  
Jardines ebrios como Bomarzo,  
con el olor de sus musgos,  
la blancura de las cortezas desgajadas--  
y esos líquenes suaves cubriendo  
el torso y los muslos de Neptuno,

el sexo de Perséfone.  
Y todo a flor de piel —  
aun ahora que tú sostienes esta plástica  
desde el extremo de una cuerda imposible,  
y yo, en el otro,  
como aplicando la oreja a una lata  
de aquellos viejos teléfonos infantiles,  
trato de adivinar lo que dirías  
si tu voz no se hubiera deslizado  
por la boca del Orco.

Puerta franca a las levitaciones,  
las partidas intempestivas,  
los secretos

*Ogni pensiero vola...?*

Bomarzo, otra cara de Arcadia,  
con su recordatorio  
de los desmembramientos,  
los caminos errados,  
el vuelo a pique de un halcón  
y su garra infalible.  
Tanto más vibrantes los follajes,  
más cercano el acecho.  
Tanto más frescas las brisas  
más negros los labios  
con que queríamos hablar del clima  
o de la moda.

*Et in Arcadia, Ego*

Tal vez paseas ahora  
en otro jardín de encantamiento  
como un urogallo multicolor,  
igual al de este grabado  
que deja traslucir un fondo azul.

Y en los muros rezuman  
los siglos que han caído  
fingiendo que el tiempo pasa,  
que todo va hacia algún lado.

Perseguimos  
nombres que han rodado por la historia,  
palabras que al decirse  
nos devolvían resonancias más insólitas  
que esa delicada fuente de Leda  
en medio de un pueblo minero.  
Polvo en las manos dejaban esos nombres,  
como al tratar de unir las piezas rotas  
de un vaso o de una estela,  
y sentir que por los huecos  
algo se iba para siempre.

Amantes cuyas caras borrosas  
no sabríamos ahora distinguir en esas multitudes  
que han pasado por nuestros ojos,  
amigos muertos  
mezclados en las capas sedimentarias  
de la propia memoria,  
ancestros cuya mirada persiste  
desde un daguerrotipo.

Tánto de nosotros quedó también atrás.  
Cosas olvidadas antes de que ocurrieran.  
Y aquello que causaba insomnios y furores,  
por lo que hubiéramos vendido el alma,  
aparece ahora como un drama vulgar,  
y todo se reduce  
a una pulsera con el broche roto--  
o a un pedazo de vasija:  
hileras de hoplitas desnudos con sus lanzas,  
el pene curvo como réplica de la barba.  
Y los fragmentos perdidos,  
igual que los huesos de guerreros  
y de mujeres sin término,  
siguen vivos acaso en nuestra propia sangre,  
repitiendo sus mismos gestos  
en estas vidas solventadas  
por dos o tres ideas fijas.

¿Y estas vidas mismas  
no parecían la sogá de Ocnos?

Él la iba tejiendo y un asno  
devoraba el otro extremo.  
Y la tarea inacabable de tejer esa sogá  
cuyo término reducían los belfos de la bestia,  
nos invitaba a no reflexionar  
sobre el sentido de la propia existencia.  
Fases coloridas o sombrías  
deslizándose por igual  
hacia los dientes insobornables.  
Quedaba sólo a salvo  
el tejer sin fin la misma sogá.

10

Era apenas nuestra especie *un parpadeo*  
*en el ojo evolutivo de la naturaleza,*  
y no podíamos abandonar esos objetos.  
Los sosteníamos contra el sueño,  
contra mareas de olvido.  
No eran de un reino ni de otro,  
iban en lo oscuro con sus caudas erráticas  
para volver intactos.  
No eran de esas cosas que *deleitan los ojos*  
*y esclavizan el corazón,*  
pero seguíamos guardando su secreto.

Y sintiendo las hordas de pensamientos  
que rompían los vasos comunicantes  
con sus ávidas substancias,  
sus venenos,  
volvíamos a los sitios luminosos  
aunque un parpadeo los borrara del sueño.

Tal vez el temor de descubrir  
pequeñas verdades ramplonas,  
previsibles,  
nos llevaba a inventar esos seres magníficos,  
sin rostro.  
Dioses oscuros y magnánimos  
cuya proximidad fundía consigo  
lo distinto a sí mismos,  
volviendo todo amor,

sin preguntar  
ni contabilizar los justos réditos.  
Un dios como avalancha,  
como marea loca,  
que nos arrebatara  
para dejarnos en una orilla  
sin nombre tal vez para nosotros,  
encandilados,  
aturdidos,  
sintiendo su amor ciego y brutal.

Pero en tanto,  
mirábamos de lejos nuestros objetos imposibles--  
animales perdidos en libros de maravillas,  
empresas inalcanzables  
para héroes de modestos atributos.  
Y seguimos, lanzando un último resplandor --  
como el calamar opalescente  
que muere al desovar  
y deja sus esferas diminutas  
hacinadas en campos magnéticos,  
atrayendo depredadores.

18.

Transformación de la luz.  
Una constante agregación y pérdida de elementos  
bajo las nubes rápidas  
que encubrían y descubrían un sol oblicuo.

¿Qué ruido hacían esas semillas al caer?  
Cómo saberlo en el estruendo de voces,  
con el zumbido de la sierra eléctrica  
al otro lado de la calle.  
Trataba de deducir  
la procedencia de los peones  
que hablaban casi cantando,  
con un acento suave,  
entrecortado por la sierra  
o por sus golpes de mazo.

Y el tejido de realidad,

la capa ebria  
vibrando  
a punto de abrirse,  
se detenía apenas de finos ligamentos,  
puntos donde se juntan  
condensaciones de sombra,  
gravitaciones,  
asimientos oblicuos.

Ni la sierra con los graznidos  
de sus filos ríspidos  
me apartaba del vaivén,  
el hueco suave de esa pausa.  
El estruendo de la sierra  
se convertía en un bajo continuo  
con sus crestas doradas y sus remansos.  
Y a un giro,  
todas las formas eran irisaciones,  
brillos cambiantes.  
Se disolvían en el pulso de luz,  
en un vacío que succionaba hacia su centro  
los últimos residuos de substancia.

¿Qué más?  
¿Qué más decir?  
Quedaba la nota esencial,  
como un *la* disolviendo todos los sonidos  
en su timbre puro.

Me volvería como un insecto  
en busca de cierto alimento,  
o nómada comedora de miel,  
siguiendo la ruta de las abejas.  
Cada color o sensación  
eran sólo la impronta de eso real-invisible,  
disparando por todo el cuerpo hacia la frente  
sus oleadas gozosas.  
Se extendían hacia fuera,  
donde uno no era ya un cuerpo inerte  
sino la luz pulsando.